



a muerte ¿voluntad o condena?: una fenomenología de lo inevitable

**Death, Free Will or Imposition? A Phenomenology
of the Inevitable**

*Cristian Alejandro Suárez Giraldo**

Resumen

En el presente ensayo se rastrea el concepto de muerte implicado en la obra literaria de José Saramago *Las intermitencias de la muerte*, al mismo tiempo que se dialoga con la tradición filosófica. En ese sentido, ésta dará los argumentos que bifurcarán la reflexión de la muerte como condición de la volición humana o como desenlace fatal de la existencia. A este respecto, intervienen posturas creyentes, como la cristiana, y posturas existenciales, como la heideggeriana. Finalmente, luego de abarcados estos presupuestos, se volverá sobre la obra literaria para proponer una lectura de la muerte

* Filósofo de la Universidad Pontificia Bolivariana. Trabajo presentado al curso Hermenéutica (2011). Miembro del semillero de investigación Proxemia Urbe.
Correo electrónico: suarezg106@hotmail.com

Artículo recibido el 14 de septiembre de 2012 y aprobado para su publicación el 2 de noviembre 2012.

como una fenomenología de lo inevitable, en donde la evidente relación entre el vivir y el morir definirá la posibilidad de plantear una ética y una antropología desde la aceptación de dicha condición existencial.

Palabras clave

José Saramago, Muerte, Existencia, Tradición filosófica, Fenomenología.

Abstract

The following paper analyzes the concept of death in José Saramago's work *Death with Interruptions* and, at the same time, it establishes a dialogue with the philosophical tradition. The last one will provide elements to orientate the reflection on death in two directions: as a condition of human will or as a fatal ending of existence. In this regard, we should consider both the believer and the existentialist perspectives, such as the Christian and Heideggerian ones. After having analyzed those perspectives, the literary work will be considered once again in order to propose a reading of death as a phenomenology of the inevitable, in which the relation between living and dying will establish the possibility of setting out an ethical and anthropological proposal from the perspective of accepting such an existential condition.

Key words:

José Saramago, Death, Existence, Philosophical Tradition, Phenomenology.



Introducción

Al día siguiente no murió nadie. El hecho, por absolutamente contrario a las normas de la vida, causó en los espíritus una perturbación enorme, efecto a todas luces justificado, basta recordar que no existe noticia en los cuarenta volúmenes de la historia universal, ni siquiera un caso para muestra, de que alguna vez haya ocurrido un fenómeno semejante [...]

José Saramago

Estas líneas de la obra literaria de José Saramago, *Las intermitencias de la muerte*, aparecen ante el lector como una inquietante propuesta para argumentar el último suspiro de la existencia llamado muerte. Una historia que se desarrolla en un pueblo desconocido, donde la muerte es personificada y cuyas acciones obedecen a un frío pero calculado capricho.

A partir de este presupuesto, un examen filosófico al problema de la muerte, cuyas valoraciones han enlutado la historia del hombre, inquieta el sentido de la existencia humana y desarrolla toda una cultura que explicita la fatalidad que envuelve el desenlace de la vida.

En consecuencia, resulta una fenomenología de la muerte a partir de las ideas pensadas por Saramago en diálogo hermenéutico con diferentes corrientes y géneros que han narrado esta problemática antropológica, cultural y social.

Las intermitencias de Saramago, una lectura al problema de la muerte

A modo de resumen, la presente obra de Saramago narra los sucesos ocurridos en un pueblo anónimo en cuyos límites las personas han dejado de morir. Allí se cuenta que, tras el último eco de la campana, la labor de la muerte cesó acompañada de un sinfín de dudas e ilusiones que navegaron en las mentes de sus habitantes. Y además, los efectos sociales se hicieron notar inmediatamente.

La primera sensación estuvo acompañada por la idea de la inmortalidad, un sórdido deseo embrionario del hombre y que ahora veía cumplido. Ello despertó el orgullo de aquellos ciudadanos que constataban en su pueblo la plenitud de la humanidad, proclamando su victoria sobre la muerte y ostentando lo que creían “el mayor sueño de la humanidad desde el principio de los tiempos, es decir, el gozo feliz de una vida eterna aquí en la tierra, [que] se había convertido en un bien para todos, como el sol que nace todos los días y el aire que respiramos” (Saramago 18).

Sin embargo, el efecto de aquella cesación mortal no fue paliativo. Es decir, desapareció la muerte pero no las enfermedades, ni los accidentes, ni las heridas, ni mucho menos el tiempo. Así, la vejez y la enfermedad fueron acompañadas por la inmortalidad como una condena a cadena perpetua y en el sentido pleno de la expresión.

Aquella contradicción golpeó la sociedad con fuerza. Los sectores políticos, económicos y religiosos levantaron su voz. El pueblo se dividió entre

los optimistas y los escépticos que veían allí la explotación de un paraíso o la resignación de un infierno respectivamente. Inclusive, hicieron de ello un negocio cuando descubrieron que la gente moría pasando las fronteras creando una mafia que se encargaría de fungir como guadaña de la muerte.

Mientras sucedían tales eventos en esta “[...] sociedad dividida entre la esperanza de vivir siempre y el temor de no morir nunca [...]” (Saramago 86), una carta llegaba al señor director general de la televisión nacional de parte de la muerte. En esa carta se narraban las razones por las cuales se había ausentado la muerte: por un lado, para ofrecer a los seres humanos la posibilidad de conocer cómo sería para ellos vivir eternamente, aunque ello condujo a unos resultados poco favorables; y para establecer un tiempo de preparación de ocho días, donde los seres humanos podrían preparar y esperar su muerte, libres de deudas o rencores.

Antes que nada, es relevante aclarar que la muerte aparece personificada en la presente obra literaria. En otras palabras, la muerte se presenta como la protagonista que encarna monólogos con su propia historia y dialoga con los demás personajes del relato.

Aquí nace la otra actitud intermitente de la muerte. Después de matar a todos aquellos que ya deberían haber muerto, empieza a redactar las cartas color violetas que irán dirigidas a quienes van a morir prontamente. Sin embargo, esta solución no tuvo el efecto esperado, pues ante la inminencia de su final y el desconsuelo de la muerte, los ciudadanos del pueblo se paralizaron y no lograron prepararse para su fallecimiento. Y aunque la muerte devino anunciando, no hubo aceptación alguna.

Una última consideración aparece en la obra. Una carta, cuyo destinatario debía morir, no llegó nunca. En las páginas finales la muerte se encarna y se lanza a conocer a la persona que se rehusaba a morir. Aquí el amor surge como una nueva intermitencia de la muerte, puesto que luego de una relación entre estos dos personajes, no volvió a morir nadie.

Este es el nudo narrativo del texto *Las intermitencias de la muerte* que lleva a concluir que Saramago tiene una idea de muerte. A nivel general, se vislumbran dos ideas que se irán desarrollando durante el presente ensayo: la oscilación del hombre que se resuelve en su propio conflicto con la muerte y el esclarecimiento de una fenomenología presente en el hecho de la mortalidad.

Las intermitencias de la voluntad: la muerte como decisión vital

La tradición filosófica ha notado, por lo menos, dos corrientes de reflexión sobre la muerte. De una parte, están quienes la consideran como resultado de la voluntad, que se inclina ante la inminencia de la muerte y por eso la preparan; desde otra perspectiva, los que la meditan como resolución de una condena, que se atormenta con la idea de la nada. Y en ese sentido, para unos y para otros, la muerte es una fenomenología.

En primer lugar, aparece esta posibilidad nacida de la volición humana. Saramago trata de desarrollar dicha idea en sus primeras páginas describiendo los sucesos acaecidos en la familiaridad de un hogar. Ante la inminencia de la muerte de un viejo enfermo, el testimonio de su nieta inquietó profundamente a los que la escuchaban: “Estaba sonando la medianoche, dijo, cuando mi abuelo, que parecía a punto de expirar, abrió los ojos de repente antes de que sonase la última campanada del reloj de la torre, como si se hubiese arrepentido del paso que iba a dar, y no murió” (16).

[Además] este interrogante nace existencialmente del contraste entre la grandeza y la santidad de la vida y la amenaza de la muerte. En cada instante el hombre parece ser algo más que sus puras dimensiones mundanas y que sus meras relaciones interpersonales en la historia. No parece coincidir nunca plenamente con su existencia concreta. De aquí la impelente necesidad de aclarar este contraste insanable entre la esperanza de la vida y el límite de la muerte (Gevaert 325).

Así pues, este aparente arrepentimiento del que habla Saramago no es sino la respuesta de la voluntad a la muerte, donde parece que la inmortalidad expresa una decisión personal que antecede al hecho de morir. Ello, en vez de desmentir la muerte como un hecho efectivo, la acepta como un paso decisivo hacia la plenitud de su ser.

[Es decir], el hombre, en todas sus acciones, apunta, al parecer, más alto, quiere más de lo que en el acto desea lograr. Hay, en el querer humano, una “desmesura” primordial, no sólo porque, en la vida concreta, paga la posibilidad de realizarse con regateos a lo absoluto de la exigencia, sino, además, en principio mismo, porque el núcleo del querer entraña un “más” de tendencia y pulsión (Boros 42-43).

Esta postura fundamentada en el querer humano de no morir, no expresa la ilusión de un sedentarismo infinito sobre la tierra o de la apropiación perpetua de la personalidad y de las relaciones interpersonales. O en otras palabras: “No se trata ciertamente de afirmar en nombre de la evolución la supervivencia de una especie de alma en sentido platónico, sino de rechazar el poder absoluto y radical de la muerte, en cuanto incompatible con la espiritualidad y la libertad del hombre”. (Gevaert 325)

De igual modo, Saramago presenta una interesante posibilidad de pensar la muerte como falta de voluntad: “[...] que con la simple acción de la voluntad se puede vencer a la muerte y que, por consiguiente, la inmerecida desaparición de tantas personas en el pasado se habría debido a una censurable flaqueza de voluntad de las generaciones anteriores” (18).

Así las cosas, la vida aparece como consecuencia de una tranquilización sobre la muerte; la razón es, quizás, su consideración apática e impersonal. Ya lo había dicho Heidegger: “Al decir *se muere* va implícita la creencia de que la muerte se refiere al *se*, impersonal” (ctd en Pieper 29). Entonces, esa flaqueza de voluntad, a la que se refiere Saramago de forma negativa, puede ser traducida también como flaqueza de aceptación de la propia condición mortal y, como se verá luego, falta de reconocimiento del otro.

En definitiva, este tratado intermitente de la voluntad como decisión vital que nos prepara a la muerte, tiene un sentido escatológico puesto que, desde su seno, restaura la condición humana de la existencia, reconoce un sentido ulterior e integra la personalidad del hombre en su totalidad. Entonces, no hay evocación triste de la finitud sino la esperanza alegre de la plenitud.

Las intermitencias del destino: la muerte como condena existencial

La otra cara de esta moneda está tallada con la experiencia de la ventura que ve en la muerte, la culminación egoísta y fatídica de la existencia humana. El narrador relata esta posición en el interior de un diálogo entre filósofos al mismo tiempo que va generando una idea de muerte moral que acompaña dicha derrota existencial:

Siendo así, intervino un filósofo del ala optimista, Por qué les asusta tanto que la muerte haya acabado, No sabemos si ha acabado, sabemos sólo que ha dejado de matar, que no es lo mismo, De acuerdo, pero, dado que la duda no está resuelta, mantengo la pregunta, Porque si los seres humanos no muriesen, todo estaría permitido, Y eso sería malo, preguntó el filósofo de más edad, Tanto como no permitir nada. Hubo un silencio (Saramago 43).

El pensamiento de Heidegger puede ser útil para desarrollar este segundo aspecto del miramiento sobre la muerte. Para él, la sutura existencial del *Dasein* está tensionada por la muerte como su auténtica posibilidad de ser. Es decir, el ser humano, que está arrojado al mundo, siempre permanece acompañado por la conciencia de la *nada* que es, al mismo tiempo, su origen y desenlace. De ese modo se resuelve la existencia humana como proyecto y anticipación del tiempo.

[O en sus propias palabras] En el “ser ahí”, mientras es, falta en cada caso aún algo que él puede ser y será. A esto que falta es inherente el “fin” mismo. El “fin” del “ser en el mundo” es la muerte. Este fin, inherente al “poder ser”, es decir, a la existencia, deslinda y define la totalidad en cada caso posible del “ser ahí”. Pero el “ser relativamente al fin” del “ser ahí” en la muerte, y por tanto el ser total de este ente, sólo puede insertarse de una manera fenoménicamente adecuada en la dilucidación del posible “ser total” una vez logrado un concepto ontológicamente suficiente, es decir, *existenciarlo* de la muerte. (Heidegger 256)

Entonces, la pregunta por la muerte viene envuelta en la pregunta por la cotidianidad del *Dasein*. Heidegger resuelve el asunto de la existencia como un proyecto que se ve abocado a la angustia por la presencia de la muerte. De este modo, el “ser ahí” es ante todo “poder ser” en términos de posibilidad y la muerte es la derrota de esta potencialidad, la subyugación de la existencia. Considerada la obviedad de que nunca se ha calificado la muerte como fin físico o destrucción de la materia, en todo este desarrollo se repite, una y otra vez, la estrechez en el vínculo de la muerte y la vida, el tránsito angustiante de la existencia a la inexistencia y la penosa conciencia del fin como un hecho intrínseco de la constitución del *Dasein*.

Sin embargo, y paradójicamente, este retorno a la nada del que habla Heidegger en la muerte, es la posibilidad original y la manera de desvelar una existencia auténtica. Paralelamente, la muerte es para el hombre el resultado de volver de donde vino, esto entendido desde la concepción de Hegel que

consideraba la identidad entre ser y nada y la condición existencial legítima, puesto que toda negación, disimulo o distracción frente a la muerte, configuraría una existencia inauténtica.

Ser-para-la-muerte es, en definitiva, la resolución íntima del ser humano. Saramago también desarrolla este dativo existencial cuando habla en estos términos:

He preguntado por qué razón no mueren los seres humanos, y los otros animales sí, por qué razón la no muerte de unos no es la no muerte de otros, [...] Porque cada uno de vosotros tenéis vuestra propia muerte, la transportáis en algún lugar secreto desde que nacéis, ella te pertenece, tú le perteneces. (88)

Y si “la cotidianidad es, en efecto, justamente el ser “entre” el nacimiento y la muerte” (Heidegger 255), el hombre se pertenece a sí mismo y se hace responsable de su “poder ser”.

Aunque puede ser aventurada una conclusión en este momento, se puede anticipar que la muerte considerada bajo estas dos posibilidades, no es la síntesis fatal de la existencia humana. La muerte, como voluntad o como condena existencial, manifiesta una personalidad auténtica que responde a la vida, aunque una menos angustiada que la otra. Finalmente, en ninguno de los casos hay destrucción del ser sino un aprendizaje del vivir.

Saramago trata esta cuestión en otros términos en el meollo de esta discusión:

Qué piensan hacer, [...] Por nuestra parte, iglesia católica, apostólica y romana, organizaremos una campaña nacional de oraciones para rogar a dios que providencie el regreso de la muerte lo más rápidamente posible para a fin de ahorrarle a la pobre humanidad los peores horrores. [...] Y nosotros, preguntó uno de los filósofos optimistas, Seguir filosofando, ya que nacimos para esto, y aunque sea sobre el vacío, Para qué, Para qué, no sé, Entonces por qué, Porque la filosofía necesita tanto de la muerte como las religiones, si filosofamos es porque sabemos que moriremos, monsieur de Montaigne ya dijo que filosofar es aprender a morir. (44-45)

De manera implícita asiente que aprender a morir también es aprender a vivir.

Las intermitencias de la muerte: entre la esperanza y lo inevitable

Como se había dicho con anterioridad, la obra en mención de Saramago está compuesta por un concepto de muerte que, aparentemente, conforma una fenomenología. Dicho en otras palabras, la narración de la historia que allí se cuenta aparece como la ilación de experiencias que el hombre va reconociendo en esa manifestación única y final de la muerte. Y en ese sentido, se puede plantear un tratamiento de la muerte a partir de sus fenómenos.

Específicamente, Saramago parece rescatar al menos dos propuestas al respecto desde la elección de una idea de la muerte en su dimensión social o ética y antropológica.

En primer lugar, la dimensión social y ética de la muerte corresponde a una idea de necesidad. El narrador lo expresa así: “Si los seres humanos no muriesen, todo estaría permitido, Y eso sería malo, preguntó el filósofo de más edad, Tanto como no permitir nada” (Saramago 43). En sus palabras se escucha un concepto de sociedad colapsada por la ausencia de la muerte. Los sistemas de salud no son capaces de proveer sus servicios, el complejo funerario empieza a elaborar mecanismos para supervivir, el estado se ve envuelto en un sinfín de problemáticas y las religiones comienzan a acomodar sus dogmas a las nuevas exigencias. En otras palabras, las consecuencias desarrolladas a partir de esta realidad tuvieron alcances políticos, económicos, culturales, religiosos y sociales.

Pero más allá de esta constatación, Saramago pretende, al parecer, rescatar la condición humana de este enredo. Así la muerte, fuera de expresarse como un negocio o como la finalidad de la religión, configura una especie de ética donde el hombre se articula con su vida y se hace pródigo de sus ideales y aspiraciones. Por lo tanto, la indispensabilidad de la muerte se configura conforme a las exigencias de la vida y viceversa.

Definitivamente, la experiencia demuestra que la muerte, al ser eliminada, genera mayor angustia en el hombre ya que sus acciones se verían envueltas en el hastío de una vida sin sentido y sus aspiraciones no tendrían otra posibilidad que la de quedar en el olvido o en el pasado. En esta misma perspectiva, Borges describe las dimensiones interminables de una ciudad de

inmortales cuyas reflexiones se dirigen continuamente a la mortalidad. En estos términos, los inmortales viven angustiados de su inmortalidad:

La muerte (o su alusión) hace preciosos y patéticos a los hombres. Éstos se conmueven por su condición de fantasmas; cada acto que ejecutan puede ser el último; no hay rostro que no esté por desdibujarse como el rostro de un sueño. Todo, entre los mortales, tiene el valor de lo irrecuperable y de lo azaroso. Entre los Inmortales, en cambio, cada acto (y cada pensamiento) es el eco de otros que en el pasado lo antecedieron, sin principio visible, o el fiel presagio de otros que en el futuro lo repetirán hasta el vértigo. No hay cosa que no esté como pérdida entre infatigables espejos. Nada puede ocurrir una sola vez, nada es preciosamente precario. Lo elegíaco, lo grave, lo ceremonial, no rigen para los Inmortales (Borges IV).

La mortalidad, entonces, abre la posibilidad de una acción única que el hombre no puede desaprovechar. En su precaria existencia, los hombres sólo pueden actuar una vida acostumbrada a la certeza de su muerte, no con la pretensión de un premio ulterior, sino con la intención de vivir una oportunidad única.

En segundo lugar, se percibe en el narrador la propuesta de una antropología de la muerte en términos de identidad. Allí, él hace una caracterización de la muerte que literalmente se personifica y conversa con su guadaña. Ésta le dice [a la muerte]:

Siempre existe la posibilidad de que un día llegue a insinuarse en su pavorosa carcasa, así como quien no quiere la cosa, un suave acorde de violonchelo, un ingenuo trino de piano, o que la simple visión de un cuaderno de música abierto sobre una silla te haga recordar aquello que te niegas a pensar, que no habías vivido y que, hagas lo que hagas, no podrás vivir nunca, salvo si... (186).

Estas palabras se inscriben en las últimas páginas de *Las intermitencias de la muerte* y hacen referencia a una visión que tuvo la muerte cuando visitó al hombre que no moría a pesar de que ya se le había cumplido el tiempo. Explícitamente, la guadaña le hace un reclamo a la muerte: ¡Te has negado la posibilidad de vivir! Y esta actitud impermeable a vivir, resulta ser sinónima a aquella que se niega a morir.

Considerar así la muerte permite el esclarecimiento y la autonomía de cada uno pues, “el morir no es algo que pasa sobre nosotros, mientras

permanecemos pasivos; la muerte es, junto con lo inevitable, también una acción del hombre mismo; un acto que él dispone de su *anima* en una forma en que no le fue dado disponer hasta el momento de la muerte; es decir, una disposición sobre su vida, sobre sí mismo” (Pieper 40).

Y en esa perspectiva, se comprende el desenlace de esta novela donde la muerte parece vencida por el amor y seducida por la vida. Así concluye la narración:

Entonces ella, la muerte, se levantó, abrió el bolso que había dejado en la sala y sacó la carta color violeta. Miró alrededor como si buscara un lugar donde poner dejarla, sobre el piano, sujeta entre las curvas del violonchelo o quizás en el propio dormitorio, debajo de la almohada en que la cabeza del hombre descansaba. No lo hizo. Fue a la cocina, encendió una cerilla, una humilde cerilla, ella que podría deshacer el papel con una mirada, reducirlo a un impalpable polvo, ella que podría pegarle fuego sólo con el contacto de los dedos, y era una simple cerilla, una cerilla común, la cerilla de todos los días, la que hacía arder la carta de la muerte, esa que sólo la muerte podía destruir, no quedaron cenizas. La muerte volvió a la cama, se abrazó al hombre, y, sin comprender lo que le estaba sucediendo, ella que nunca dormía, sintió que el sueño le bajaba suavemente los párpados. Al día siguiente no murió nadie (Saramago 250-251).

Frente a la inevitabilidad de la muerte hay una esperanza que siempre soluciona la aparente derrota existencial que ella transporta. Y en su seno está presente una decisión personal de vivir, aún después de la muerte. Sea en la memoria de los seres queridos, en el cielo prometido a los creyentes o en la nada esencial a la que retorna el *Dasein*, la muerte siempre será esperanza de vivir.

En el momento de la muerte se le ofrece al hombre de la primera y última ocasión de realizar eso que había deseado; una oportunidad a la que forzosamente se le empuja, pero que tiene también un componente de esperanza: la incitación a perder la vida, no *como si* se hiciera algo que en realidad no significa perderla, como algo que se pensara, pero que de hecho no fuera así, como un perder simbólico o retórico, sino a perderla en toda su verdad y en sentido literal de la palabra; perder la vida... para volverla a ganar (Pieper 159-161).

Conclusión

Tras haber hecho este recorrido hermenéutico parece que la muerte, según la concepción de Saramago en su libro *Las Intermittencias de la muerte*, es una fenomenología de lo inevitable que se desenvuelve en la existencia del hombre como una decisión personal de vida. Su tratamiento intermitente sólo responde a esa condición humana que percibe el acontecimiento de su mortalidad desde diferentes puntos de vista. La muerte, al igual que la vida, sólo puede ser comunicada como una experiencia que trasciende el campo físico y material y se instala en la conciencia de cada hombre.

Referencias

- Saramago, José. *Las intermitencias de la muerte*. Madrid: Punto de lectura, 2006.
- Borges, Jorge Luis, "El Inmortal", en: *Obras Completas*, Buenos Aires, EMECÉ, 1981
- Boros, Ladislao. *El hombre y su última opción*. Madrid: Paulinas, 1972.
- Gevaert, Joseph. *El problema del hombre*. Salamanca: Sígueme, 1978.
- Heidegger, Martín. *Ser y tiempo*. México: Fondo de cultura económica, 1951.
- Pieper, Josef. *Muerte e inmortalidad*. Barcelona: Herder, 1970.

